

La nacion más querida
Del piadoso cielo
Llenaba de terror, espanto y duelo.
Seis veces su carrera
Por la eclíptica el sol revuelto habia,
Y ardiendo en saña fiera,
Aquí y allí corria,
Y todo lo turbaba y confundia,
En tanta desventura,
El misero español precipitado
No hallando paz segura
Por uno ni otro lado,
Gemia en su rincón desalentado.
Y de amargura lleno,
« ¡ Quién hubiera, decia, que nos diese
Ver un día sereno,
Y clara apareciese
La verdad, y la paz ya amaneciese !
» Y el pueblo al fin unido
Con el monarca tanto deseado,
De uno y otro partido
Tan recio y empeñado
Viésemos el ardor apaciguado ! »
Oyó del alto cielo
El Padre de los hombres soberano
El triste desconsuelo,
Y quiso por su mano
La suerte mejorar del pueblo hispano.
Y luego en un momento
La tristeza convierte y amargura
En placer y contento,
Y el rigor en blandura
Trueca, y las asperezas en dulzura.
Y al inclito Fernando
Valor le inspira, que á la furia odiosa
De la mano arrancando
La tea tenebrosa,
La arroja al mar, y la nacion reposa.
Gloria al Eterno sea,
Que el orbe rige en siglos eternos.
Pasmado el mundo lea
Y aplauda en sus anales
De Fernando los hechos inmortales.
La verdad aparece,
La ve Fernando, y viéndola, la ama.
Crece el júbilo, y crece
La viva ardiente llama
Del fervoroso pueblo que lo aclama.
Y hasta el cielo llegando,
Y ya en la tierra á la Verdad triunfante
La Justicia mirando,
Vuelto el grave semblante,
Y apacible, á la Paz, que está delante,
« Baja, le dice, luego,
Baja á la tierra, y de tu altar sagrado
Enciende el dulce fuego,
Y estrecha en apretado
Lazo á Fernando con su pueblo amado. »
Baja la amable diosa,
Y el código le entrega, en que asegura
La nacion generosa
Su paz y su ventura,
Y la union con su rey constante y pura.
Lo admite placentero ;
Un nuevo esmalte añade á su grandeza,
Jurándolo él primero ;
Y así á reinar empieza
Sobre las almas con mayor firmeza.
¡ Oh lazo venturoso !
¡ Oh estrecha union de todos aplaudida !
Que hará más poderoso
Al Rey y más temida
Su potencia, y su dicha más cumplida.
Y tú, nacion felice,
Que lo amó siempre toda, y con sincera
Gratitud lo bendice ;
En gloria verdadera
Serás de hoy más de Europa la primera.

XXVI.

EN LA PROXIMIDAD DE UN PARTO,

ANUNCIO AL HIJO DESEADO.

Alma que desde el cielo
Has bajado á dar vida al tierno infante
Que hoy nace en este suelo,
Un ánimo constante
Prepara en él y un pecho de diamante,
Porque del proceloso
Siglo en que nace venza á la porfia,
Y siempre victorioso,
De la caterva impia
Los ataques rechace noche y día.
Ni ambicion lo domine,
Ni sórdida codicia lo envilezca,
Ni amor lo desatine,
Ni elogio lo envanezca,
Aunque más se repita y lo merezca.
Y á la justicia asido,
No lo turbe ni saque de su asiento
El mundanal ruido,
Ni favorable viento
De fortuna falaz le dé contento.
Y cuando le sopláre,
Si seguirla es forzoso, cautamente
La siga ; mas prepare
Ya puerto, en que prudente
Halle asilo, si cambia de repente ;
Donde de la divina
Luz se deje guiar, que á todo hombre
Alumbra y encamina ;
Y allí nada le asombre,
Y alma virtud haga inmortal su nombre,
Con que del sabio padre
Retrate fiel la sin igual cordura ;
Y aunque la envidia ladre,
Halle así más segura
Su opinion, y más firme su ventura.
Educacion selecta
Tenga en su juventud, que lo preserve
De perniciosa secta,
Y exento lo conserve
Del ciego error en que hoy el mundo hierve.
No sepa ni los nombres
Que con tanto furor hoy nos dividen ;
Ni fie de los hombres
Que sus derechos miden
Por lo que el gusto y la pasion les piden.
De la filosofía
Templen el ceño, en él duro y severo,
Euterpe y Polymnia ;
Ni sea tan austero,
Que pueda parecer rústico y fiero.
Tal es la disciplina
Que á tu hijo, Ramon, mi amor desea,
Y que fácil Lucina
Grata á la madre sea,
Y ella crecer y florecer le vea.
Y tú, con hijo y madre,
De nieve ya la frente coronada,
Maestro, abuelo y padre,
Veas la bienhadada
Progenie de tu mesa rodeada.

LETRILLAS.

I.

PINTURA DE UN CURRUTACO.

Orilla de una fuente
Un jóven currutaco,
Idólatra de Vénus
Y de Adónis esclavo,
Con tal delicadeza

Estaba recostado,
Por no descomponerse
La gentileza y garbo,
Que más bien que dormido
Parecía pintado.
A observarlo me puse,
Y héte aquí su retrato :
Sombrero redondo
De diadema de santo,
Puesto como al espejo,
Para nunca quitarlo ;
Tan alto que no toque
La cúspide del ángulo
Que formen dos mechones
Que por la frente abajo
Vienen hasta las cejas
Con desuido estudiado.
La barba sumergida
Dentro de un corbatazo
Que tape si se ofrece
Lo que abra el cirujano.
Pelada la cabeza ;
Y de pelo tan largo
Poblada casi toda
La cara y tan rizado,
Que apenas se divisan
La nariz y los labios.
Con pasitas de Angola
El contorno encrespado
De la infeliz mollera ;
Y el pecho puesto un clavo,
Que cierra la camisa
Guarnecida, mostrando
Oro por fuera, y dentro
Flaco y femenil barro.
El justillo entreabierto,
Casaca *usque ad talos*,
Calzon de punto estrecho,
Tan indecente y claro,
Que nada oculta, y puede
Afrentar á Priapo.
Medias abigarradas
Con botas de verano ;
Y un garrote de loco,
Tan recio como el brazo,
De poco más de vara,
Que llevan en la mano
Sin saber lo que llevan
Bastantes currutacos,
Y si algunos lo saben,
Es menester atarlos.

II.

EN EL AÑO 1823.

Nula fuera mil veces
Mi plaza del Consejo (1),
Con tal que no anulára
La de mi cocinero.
Si no anulára el coche
En el último tercio
De una vejez cansada
Ya con setenta inviernos.
El bordado uniforme,
Las plumas del sombrero,
De necios pretendientes
El mentido cortejo ;
La patada del guardia,
La entrada en aposento
Real, en las sesiones
Tener el primer puesto ;
Los honores de infante,
De la Excelencia el eco,
Que en el salón resuena,
No me importan un bledo.
Mi coche y mi cocina ;
Tras de eso voy y vengo.
Pero cocina y coche

(1) Alude á la exoneracion de los Consejeros de Estado en 1823.

No puede haber sin sueldo,
Y eso es lo que me falta
Y eso lo que pretendo.
Si el coche se me niega,
Denme cocina al ménos ;
Que sé vivir sin coche,
Mas sip comer no puedo.

EPÍSTOLAS.

I.

Á UN AMIGO,

QUEJÁNDOSE DEL ATRASO QUE PADECIA EN SU
CARRERA Y DE SU PENOSO DESTINO.

Aquí, Gaspar, con misero trabajo
Me tiene la fortuna reducido,
En mi clase, al lugar más pobre y bajo.
Que si bien es ilustre y distinguido,
Pudiera serlo más, si no estuviese
Entregado mi mérito al olvido.
Del cual no hablára yo, si no supiese
Que no hay otro recurso al olvidado,
Sino es que se prohíbe también ése.
A mi suerte debí ser educado
Por noble padre en liberal doctrina,
Que pudiese ser útil al Estado ;
Y en la leccion y larga disciplina
De las ciencias profanas y sagradas
Con la erudicion griega y la latina ;
Y las luces entonces despreciadas,
Que del álgebra toma y geometría
El físico, por mí fueron buscadas.
Yo fui quien la moral filosofía
En mis escuelas enseñó el primero,
A la juventud dando cierta guía,
Por donde el fundamento verdadero
Hallase de lo recto y de lo justo,
Y no errase de Témis el sendero.
Y tal vez se leyeron sin disgusto
Mis escritos en nobles asambleas,
Que mandaba formar Carlos Augusto.
En donde consagraba mis tareas,
No por el mío, por comun provecho,
Promoviendo benéficas ideas,
Con que el artista en domicilio estrecho,
Y en el campo la noble agricultura,
Y el comercio en los mares, á despecho
Del extranjero, que su mal procura,
Floreciente y feliz, á nuestra España
Prosperidad trajesen y ventura.
Estas fueron las artes y la maña
Con que haber procuraba en favor mio
La pública opinion, que nunca engaña,
Tratóme la fortuna con desvío
En la corte, por mí solicitada
Cinco años con tedio y con hastío.
En esto ya mi juventud pasada,
Habiendo militado veinte años
A mis propias expensas sin soldada,
Y sufrido en mi hacienda tantos daños,
Que tarde ó nunca conseguir pudiera
Verme libre de estafas y de engaños ;
Sin que yo lo pensára ni supiera,
Al honroso destino fui llamado,
En que tuvo principio mi carrera.
Cinco años en él ejercitado,
El caloroso Julio y frio Enero
Me vieron igualmente atareado ;
Y por pronto que el último lucero
Apagase su luz, el claro día
Me hallaba trabajando á mi primero.
Y cuando, alguna vez, la noche fria
Inclinaba su sombra al occidente,
No habia descansado todavía,
Para que el oficioso pretendiente

No maldijese el ocio y la pereza
Que maldicia en otros impaciente.
Este celo, Gaspar, y esta dureza
Fueron cual lima sorda quebrantando
Las fuerzas que me dió naturaleza.

Hubiera yo elegido el torpe y blando
Camino del engaño y la lisonja,
Con que veía otros ir medrando,
Con que veía otros ir medrando,

Estaría más hueco que una esponja,
Y el porte de mi vida no trocará
Por el mimo y regalos de una monja ;
Y como tantos medran, yo medrará,

Sin que la tos de noche me afligiera,
Ni el pecho y la cabeza se quejara.
Pero quiso mi suerte que naciera
Bajo de signo tal, que prefiriese
De la virtud el áspera carrera ;

Y que de muchos el ascenso viese,
Sin trabajo y sin mérito adquirido,
Y descubrir la causa no quisiese.

Pero mucho dirás que me he excedido ;
Y es que cosas se ven, que harán que hable
El hombre más prudente y comedido.

Y aunque callar sería muy loable,
El que en particular se ve agraviado,
Si en general se queja, es disculpable.

Digo, pues, que por mal y triste hado,
Buscando algún alivio, hallé un desierto
Donde vivir enfermo y olvidado.

¿Quién creyera del áspid encubierto
El veneno encontrar entre las flores ?
¿Quién temiera tormentas en el puerto ?

La triste soledad, y los horrores
De la discordia, de la malhadada
Insaciable codicia los ardores,

Juntos en la región desventurada
Donde alivio buscaba á mi fatiga,
Me esperaban ocultos á la entrada ;

Y reunidos en temible liga,
De repente me asaltan y rodean
Como traidora hueste y enemiga.

Los que discordes entre sí guerrearán,
Negados á la paz, á su partido
Traerme cada cual se lisonjean.

No hay uno que con otro esté avenido,
Todos son enemigos ; solamente
Para mi daño se han tal vez unido.

La codicia los lleva ciegamente
A apoderarse en cuanto ven sus ojos ;
Todos quieren ser ricos de repente.

Si el que manda se presta á sus antojos,
Débil es ; si se opone, es un tirano ;
Si se detiene y duda, les da enojos.

Si las gracias reparte por su mano
Con cuerda discreción, y el que las pide
Las consigue, se jacta necio y vano

De ser árbitro ya del que preside,
Y que nada le es árduo, pues en todo
Por su deseo su poder se mide ;

Y engañando las gentes de este modo,
Corre la voz, y buscan su tutela
El jugador, el vago y el beodo.

Recíbelo ya el jefe con cautela,
Temiendo autorizar su desvarío,
Y en observar sus pasos se desvela.

Empiézase á saber este desvío,
Y se interpreta de él, y se murmura
Que es volubilidad del genio mio.

Y con esto la plebe mal segura
Sacude licenciosa y tasca el freno
Del único poder que la asegura ;

Y al que ayer alababa justo y bueno,
Lo amenaza mañana en la taberna
Con el puñal, el tiro y el veneno.

Oh cuánto es infeliz el que gobierna
Gente así colectiva, condenado
A perpétuo disgusto y guerra eterna !

Ojalá, y esto fuese imaginado,
Y no me viera, cual me vi dos veces,
De traidora cuchilla amenazado.

Y del hado ojalá las esquivaces
Apurar no me hicieran cada día

El cáliz del dolor hasta las heces.

Aumentándose más la pena mía
Con verme en soledad, y sin consuelo
De dulce y amigable compañía ;

Mas ya temo te cause el triste anhelo
Con que mi pluma á presumir se atreve
Elevarse hasta tí con torpe vuelo.

Y si lo dicho á compasión te mueve,
Muévate más lo que en el pecho queda ;
Pues de mi mal la historia no es tan breve,
Que resumirse en una carta pueda.

II.

Á DON JOSÉ DE VÁRGAS Y PONCE.

¿Qué pretendes de mí, Vargas y amigo,
Con esta que me escribes larga historia
Del vano rimador ? Si por castigo

De aspirar temerario á la alta gloria
De los divinos vates, el enojo
Sufre del justo Apolo, ¿su memoria

Quieres hacer la afrenta y el sonrojo
De los buenos poetas ? ¡ Ay cuán porfía,
Ay de cuánto peligro es ese arrojío !

Míralo bien ; y si consejo sano
De fiel amigo aprecias, tal empeño
Déjalo para ingenio más liviano.

Que non es de sesudos ese ceño,
Nin de homes de pro tal fantasía,
Nin de cordatos delirante sueño,

Con que ofender la noble poesía,
Virgen esquiva y casta, que si niega
Su favor al galán, y lo desvia

De sí con aspereza, y no se entrega
Fácil á su capricho, más amada
Debe por eso ser, y cuando llega

Su esquivéz á rendir, más estimada.
Si tí de ciencias y de nobles artes
Y de letras la miras rodeada,

Esos son otros tantos baluartes
Con que, si no eres sabio, se defiende
De tí, y así te obliga á que te apartes

Y la dejes ; que en vano se pretende
Con verso vano eternizar el nombre
De quien, si algo estudió, de nada entiende.

¿Qué quieres que te diga ? No soy hombre
Que de poeta ni de sabio precie,
Ni aspire á merecer alto renombre ;

Mas no puedo sufrir que se desprecie
Y se ultraje y ofenda la divina
Arte en que el sacro nùmen á la especie

Humana dió la celestial doctrina.
Del Padre de los hombres soberano,
Que desde el polo al ecuador domina,

Y los ejes sostiene con su mano
De esta bóveda inmensa, el alto origen
Trae la casta virgen. ¡ Cuán en vano

Tus inútiles tiros se dirigen,
Y con cuánto peligro, á tal alteza !
Tanto que si sus miras no corrigen,

Temo que prestos sobre tu cabeza
Vuelvan del alto empireo rechazados,
Y conozcas entónces su flaqueza.

Que los que al cielo escupen engañados,
Presumiendo de aliento y valentía,
Suelen así quedar escarmentados.

¿Tú contra la divina poesía ?
No, mi Vargas, por Dios. Si los desdenes
De la celeste diosa tu osadía

Irritaron tal vez, á que refrenes,
Sábía y prudente, tu furor te llama ;
Mas no á que así maldigas de sus bienes.

Algo de su bondad, porque te ama,
Te concede benigna ; no le seas
Ingrato ; de su amor la dulce llama

Ceba en tu pecho, y cuando en vano creas.
Esperar el favor, á pocos dado,
Con que elevarte, como yo, desees

A la cumbre del Pindo, sosegado
Descansa, como yo, y desiste luego ;

Però no la maldigas, mal pecado.

No crecerá con el errado y ciego
Empeño tu opinion, en que metido
Te veo ya ; desiste, y á mi ruego,

Dócil, en fin, con lo que te ha cabido,
Contento, como yo, celebra y canta
Los altos vates que en el mundo han sido.

Elévate, si puedes, y levanta
Hasta el cielo tu canto ; y si no puedes,
Nada en esto por fuerza se adelanta.

Però desconocer altas mercedes
Que á otros hizo la diosa, es desvarío
Que no debe salir de tus paredes,

Ni que lo sepa el mundo. Ese desvío
De lo que estima y siente el orbe entero,
Ese desden, ese juzgar tan frío

De Tibulo, de Horacio, Ovidio, Homero,
De Virgilio, de Mena y Garcilaso,
Y á todos los medir por un rasero

Tal como á falderillos del Parnaso,
Despreciando á la diosa que los cria
Y los duerme y arrulla en su regazo ;

Eso, amigo, es ya tanta demasia,
Que el que sepa que no eres ignorante
Tendrá por envidiosa tu porfía ;

Y quisiera en tu daño se adelante
A decir te atreviste, siendo niño,
Tus pasos á medir como gigante,

Y á dar como estudiado desaliño
Lo que tal vez pereza ó impotencia
Pudiera parecer. No, no te riño ;

Pues aunque me has tentado la paciencia
Con tu dura y amarga diatriba,
No puede entre los dos haber pendencia.

Sino que como quieres que te escriba,
Sin admitirme dilacion ni excusa,
Ni dejar que Isabel me la reciba ;

Obligada por tí mi pobre musa,
En tono habló más circunspecto y grave
Tal vez del que festivo tu humor usa.

Bien quisiera ponerlo más suave ;
Mas falta el tiempo, y ruego me perdones
Que no lo lime, suavice y lave ;

Y así concluyo. Si sus altos dones
Te niega Apolo, en adquirir pesetas
Emplea el tiempo y no haya más cuestiones.

Haz esto y deja en paz á los poetas,
No su ingenio desprecies tan severo,
Y á desacreditarlos no te metas,
Porque puede morderte algún faldero.

AL CARDENAL DE BORBON.

ELEGÍA.

Casi há un lustro, señor, la vez primera
Que el claro Bétis, émulo del Tajo,
Logró veros pastor de su ribera.

Hijo del Bétis yo, con agasajo
Humilde os recibí, y os di hospedaje,
Si bien á tal persona pobre y bajo.

Aceptado por Vos en homenaje
De amor, á que con pecho piadoso
Vuestra bondad no quiso hacer ultraje ;

Que el excelso varón y generoso
Honra del pobre el ánimo sincero,
Y desprecia del rico el dón precioso.

En el campo feliz donde el guerrero
Alonso, vuestro abuelo, de Castilla
Vino á desbaratar el moro fiero ;

Del inmortal, que tuvo vuestra silla,
Escritor don Rodrigo acompañado,
Por quien su nombre en las historias brilla ;

De dos reyes seguidos, y ayudado
De Haro y Nuñez, la sublime altura
Del monte penetró nunca pisado ;

Y desde allí bajando, con bravura
De leon generoso rugie y brama,
Destroza y mata y vence en la llanura ;

Y excediendo en sus hechos á la fama,
Las astas y las flechas agarenas

Al cielo suben en ardiente llama.

Porque tantas cubrieron las arenas,
Que celando con ellas sus hogares
El soldado triunfante á manos llenas,

Mientras Febo dos veces los solares
Rayos tendió sobre el marcial trofeo,
No pudo consumir tantos millares.

Y dejando á los reyes el saqueo
Rico de Mahomat, siguió, desnudo
De vil codicia, el inmortal deseo

De verdadera gloria, y así pudo,
A la Bética abriendo doble puerta,
Añadir un blason á vuestro escudo.

En aquel sitio, pues, donde despierta
Siempre está la memoria de aquel día,
Y con él vuestra gloria descubierta,

Yo, y conmigo la dulce prole mia
Y mi cara consorte, os esperaban,
Llenos de confianza y alegría.

Las caducas encinas prolongaban
Sus ramas siempre verdes, y fresca,
Recreo y sombra á vuestro paso daban.

Aquel día sonó con más dulzura
El canto de las aves, y las fieras
Su fiera trocaron en blandura.

Olvidaron el pasto en las praderas
Las ovejas, y el dulce ramoneo
Las cabras bulliciosas y ligeras.

Suspendió á todas el comun deseo
De ver del Bétis al pastor sagrado,
Que nieto del valiente corifeo

Por quien gozan en pasto regalado
Los oteros y valles de la sierra,
Supo trocar espada por cayado,

Por blanda y dulce paz la dura guerra,
Por sacra mitra el morrion de acero,
Cetro por cruz, y por el cielo tierra,

Y fué de los Borbones el primero
Que consagró su juventud florida
Al Dios de las batallas por entero.

Oh cuánto es la virtud esclarecida
En el alma de un grande, y cuán hermosa
La que en blanco y hermoso pecho anida !

En el rostro que cubre nieve y rosa
Parece que se sienta con más gusto
Esta del hombre celestial esposa ;

Que aunque siempre es hermoso el varón justo,
La virtud que aparece por defuera
Melancólica y triste, nos da susto.

Y en vos, señor, con risa placentera,
Llena de majestad y de decoro,
La virtud resplandece verdadera,

Y si os viera venir el bravo moro,
Que de Alonso el valor amedrentara,
Rendido á vuestros piés el cetro de oro,

Ni huir quisiera, ni oponer osára
Defensa á tal virtud y gallardía,
Y en un punto os temiera y os amára ;

Pues no hay gente tan bárbara é impía,
Que no arrastrara con iman secreto
Vuestra afabilidad y cortesía.

Y así del Tajo al Bétis fué completo
Por do quiera, señor, vuestro camino
El triunfo del amor y del respeto.

De mí, pues, desterrado y peregrino,
Peregrino en los montes Marianos,
Donde aún me tiene mi fatal destino,

¿Qué se pudo esperar ? Esfuerzos vanos
De humilde can, que al dueño lisonjea,
Y blando halaga con la lengua y manos,

Y lo sigue, y le salta y lo rodea,
Se le rinde, lo mira y nunca tales
Muestras le da de amor como desea ;

Compensándose afectos tan leales
Con que el señor aprecie su ternura,
Y del aprecio dé blandas señales.

Así yo tuve por feliz ventura
Que quisierais honrar mi pobre techo,
Y unir tanta bajaiza á tanta altura.

Y con esto quedára satisfecho,
Si ya no me obligára dura suerte
A implorar la piedad de vuestro pecho,

Dos veces á las puertas de la muerte
Me he visto, y á mi madre y mis dos hijos
Rindió de su guadaña el golpe fuerte.

Libradme de los hados que prolijos
A mí y al resto de mi prole cara
En un lugar me claman siempre fijos;

En un lugar donde fortuna avara,
Ostentando en mil bienes su riqueza,
En solo la salud la escaseará.

¡Oh bendita mil veces la pobreza
Que concede gozar en propios lares
De moderado bien sin escaseza!

¡De qué sirve abundancia de manjares,
De qué poder, autoridad y mando
Donde el aire malsano respirares?

¡Visteis, señor, cuán apacible y blando
Espiraba favonio entre las flores
De mi jardín, al paso derramando

Aromas de suavísimos olores?
Pues aquélla es el aura envenenada
Que produce la fiebre y sus ardores.

Y cuando la campiña plateada
Se ve con el aljófár de la aurora,
Así cae la gente desdichada.

Como cuando de Ceres atesora
El labrador los dones en verano,
Que Pomona produce y Febo dora,

Del segador á la robusta mano
Se ven caer espigas á manojos,
Encrespada la arista y seco el grano.

También, señor, si vieron vuestros ojos
La córte que continuo me rodea,
Pensareis me consueta, y me da enojos.

El que conmigo come y se pasea,
Y á obedecerme vive destinado,
En procurar mi daño se recrea;

Y tal vez se complace, mal pecado,
De verme injustamente perseguido
Y de horrible asesino amenazado.

Nueve años continuos le sufrido
La alternativa de mi dura suerte,
Por una ú otra parte combatido;

O por fiero rival, con golpe fuerte,
O por la envidia, la calumnia y dolo,
O por la enfermedad, ó por la muerte.

Cualquiera de estos males basta solo
A estrellar y perder la navicilla
Que así combate en su furor Eolo.

Embiste el fiero mar la humilde quilla
Y la empuja y levanta hasta la altura
Del ardiente zenit do Febo brilla.

Recházala Aquilon, y mal segura,
Corre el piélagó inmenso, y contra el Noto
Rompe jarcia y timon y arboladura;

Hasta que, sin gobierno ya el piloto,
O abandona la nave á su destino,
O de algun númen tutelar devoto,

La ayuda implora y el favor divino.
Así yo, gran señor, en esta cruda
Borrasca de mis males imagino,

Como tu gracia y tu favor no acuda,
Que no llegaré al puerto deseado,
Pues no tengo otro amparo ni otra ayuda.

Aquel día, por mí tan celebrado,
Tuve la primer vez esta esperanza,
Que por vos fui de todos envidiado.

Después fui á buscaros donde alcanza
A la bética orilla el Oceano
Y volví con la misma confianza.

Tercera vez, señor, mi pobre llano
Albergue os recibí, cuando envidioso
Tajo arrebató al Bétis soberano,

Para siempre tal vez, el dón precioso
De su amable pastor, que ausente llora,
Y entónces ya me consentí dichoso.

Mas, pues veis que mi suerte no mejora,
Aunque una y otra y otra vez espera,
Doléos ya del que repite ahora:

Casi un lustro há, señor, la vez primera.

SÁTIRAS.

I.

CONTRA LAS COSTUMBRES DEL TIEMPO.

Para cantar los males que padece
La cara patria, dame, musa, ahora
Aspero plectro, que convierta el canto
En triste lloro y en lamento y luto.

El rayo asolador de dura guerra,
La paz costosa, pero no segura;
De la horrorosa peste los estragos,

Que las ciudades populosas deja
Desiertas, y cadáveres horribles
Amontona, de fúnebre aparato

Privados, en el campo, y conducidos
Por los que al otro día sobre ellos
Caen heridos con el fiero golpe

De la fiebre funesta; que ninguno
Alejar puede la tremenda hora
En que las negras sombras de la muerte

Le oculten para siempre el claro día.
La tierra, que del peso de los muertos,
Al parecer, sentida, se estrementece

Dentro en sus senos, ó que ya los abre
Y ensancha más para tragar los vivos.
El edificio tiembla, que el romano

O el godó fabricó sobre sillares
De eterna duracion. La humilde casa
Se desploma al vaiven, crujen las vigas.

Blandean las techumbres, y las puertas
Sacudidas rechinan en los quicios
Con temeroso són. Los moradores

Salen á cielo abierto, y abandonan
El caro albergue, donde ya no asilo,
Sino funesta sepultura hallan.

El cielo, que, de bronce donde lanza
Estivos rayos el ardiente Febo,
Niega al suelo sediento su rocío;

En las playas que baña el Oceano
Abre sus cataratas, y de ellas
Lluvia arroja incesante. Ya la urna

Del claro padre Bétis rebosando,
Enturbia su corriente impetuosa;
Ya fuera de las márgenes derrama

El inmenso raudal; pastos, sembrados,
Huertas, sotos, dehesas, todo es río,
Que ya no tiene límites ni orilla.

El bravo toro, la fecunda vaca,
Con el pintado y tierno corderillo,
Que bala en pos de la lanuda madre,

Delicias del pastor, en la alta cumbre
Timidas buscan el abrigo, y pacen
Huéspedes de las aves y las fieras.

La voraz hambre deja las aldeas
Ya desoladas, y á los campos huye,
Donde la gente misera perece,

Olvidada del rico, que derrocha
Y gasta y triunfa en fiestas y saraos.
En altos montes y soberbias torres

Tremolando su pálida bandera,
Guerra amenaza, y sujetar pretende
A su imperio (no ántes conocido)

En ciudades y villas populosas,
Centro comun del ocio y del regalo)
Muelles y afeminados habitantes,

Turba insensata, cuya torpe vida,
De placer en placer, de vicio en vicio,
Corre á la perdición, y tras sí lleva

Al miserable pueblo, arrebatado
Del pernicioso ejemplo, que provoca
La ira de los cielos en su daño.

Faltó la educacion, y roto el freno
Que á la juventud libre contenia,
Cae precipitada, y se despeña

Al abismo de males, en que yace
Sumergida, con mengua lastimosa
De la España infeliz. Esta es la fuente

De donde, cual torrente impetuoso,

SÁTIRAS.

Manan los daños que la patria llora.
La edad de nuestros padres, ya cansada
De la virtud austera de los suyos,

Nos produjo á nosotros, que empezamos
A declinar al mal, y nos hereda
Otra generacion más corrompida,

Cuyos hijos al fin darán lecciones
De la prostitucion y de la infamia,
Y escarmiento tal vez al mundo entero.

¡Oh siglo! ¡oh corrupcion! ¡oh desventura!
Contaminó las bodas el infame
Y sórdido interes; y de la antorcha

Nupcial en vez de arder la pura lumbre,
Centellean pavesas hediondas,
Y el humo cubre el tálamo brillante

Que preparó la vanidad; infausito
Túmulo del honor; y el amor huye
De la bastarda union y la detesta.

¡Oh, qué generacion esperarémos
Del vínculo infeliz! ¡Oh, qué virtudes
Hallarán que imitar en tal progenie!

Los hijos y los nietos desgraciados!
La liviandad y el lujo los ejemplós
Son que de ellos imitan, contagiosos

Mal, que en la ciudad toda se difunde
En plebeyos y nobles sin reserva,
Y de lo que era afrenta se hace gala.

Así van las costumbres, y sin ellas,
¡De qué provecho nos serán las leyes?
¡Quién las observa ya, ni quién se atreve

Con animoso pecho y fuerte mano
El gusto á contrastar del poderoso
En defensa del pobre desvalido?

Suda y se afana el misero colono,
Llevando el peso del calor y el día
Sobre las tierras del señor ingrato,

Que en blando lecho, en regalada mesa,
En espléndido tren consume y gasta
El fruto de su afán y el de sus hijos;

Familia tributaria, que sirviendo
Al lujo y opulencia del magnate
Cuenta ya dos ó tres generaciones;

Y hoy va cantando tras del corvo arado,
Ya robusto gañán, el que en mantillas
Dormido sobre el yugo de los bueyes

Iba, miéntas su madre disponia
La rústica comida en la cabafia.
Mas porque el rico labrador ofrece

Mayor arrendamiento, ó anticipa
Las rentas al señor, son arrojados
Los infelices del amado suelo,

Sin piedad, que miraban como propio
Después de tantos años; y no saben
Dónde se acomodar, que no perezca

El misero ganado allí nacido,
Ni donde colocar su pobre apero.
Dureza horrible, que, en miseria hundido,

Llorará el primogénito algun día,
Lleno de rentas, sin poder gozarlas;
Y entregadas sus anchas posesiones

En presa al mercader y al usurero,
Comerá escasamente por su mano,
Y enriquecerse los verá con ellas.

Míralo luego despechado y solo
En un rincón del caserón desierto,
Que heredó enhiesto, y conservar no supo,

Lleno de telarañas y goteras;
Entre la humilde mesa y pobre cama
Luchar con la pobreza y el orgullo,

Y despreciar con aire fastioso
Al rico, deslindando su linaje;
Miéntas adula al maéstral sencillo

Porque lo calce y vista de prestado,
Y se alaba despues de la destreza
Con que lo engaña y burla cada día.

¡Desdichada nobleza, en lo que paras,
Cuando el lujo y los vicios te despeñan!
Dejar debiera el noble por herencia

Principal la virtud entre sus hijos,
Mas que el oro purísimo preciada;
Que al que sin ella hereda grandes bienes,

Instrumentos del mal hereda sólo,

Y estímulos del vicio. Corre ciego
La frecuentada senda del deleite;
Disipa insano en licenciosa vida

El bien no merecido; y estragando
El ánimo y el cuerpo con placeres
Vergonzosos é infames, al sepulcro

Lo lleva presto la vejez temprana,
Sin que nadie lo llóre. Ni áun el hijo,
Que, heredando sus vicios, nunca hereda

Tanto caudal que á sustentarlo baste.
Testigo sea el aldeano Hortulio,
Que allegó tantos bienes, y á su hija,

Por hacerla señora, la hizo pobre.
Funesta vanidad, ¡de cuántas bodas
Fuiste principio, que se lloran luego!

Quiere en buen hora labrador honrado,
O tú, industrioso y rico comerciante,
Ennoblecir la casa, ó restaurarla

En el lustre que tuvo, ya perdido
Por injurias del tiempo, que en un siglo
Al plebeyo tal vez y al noble iguala.

Pero no á tanta costa, que de un golpe
Pierdas lustre y caudal, miéntas que el yerno,
Jugando y disipando con la dote

Que debiera aumentar, tus nietos haga
Más pobres que él, y áun cree que te honra,
Si no es que ya te mira con desvío,

Y se desdeña de llamarte padre.
En tanta corrupcion, ¡adónde irémos
El remedio á buscar, ni qué castigo

O qué escarmiento nos será bastante?
Rebeldes en el mal, nos endurece
El azote continuo, y ya no hay cosa

Que nos espante ni produzca enmienda.
¡Ay desgraciada y triste patria mia!
Adormecida en falsa paz, ni el duro

Golpe te despertó de la pasada
Guerra terrestre, ni el que viene ahora
Sobre tí á descargar el enemigo,

Que te has buscado, temes, en los mares
Tan poderoso. Sola, desarmada,
Sin naves, sin ejército, sin oro,

¡Quién te socorrerá? ¡Por qué la ira
No temiste del cielo, en doble azote
De contagiosa peste y hambre fiera

Tan declarada ya? Vistes al Bétis
Rojo y embravecido derramarse
Por una y otra orilla, arrebatando

La encadenada puente, que no pudo
Su furia resistir con las amarras
Del cien doblado cáñamo, y el duro

Fierro del eslabon ensortijado
En el robusto poste, que blande
Del rápido torrente ruidoso

Al empuje feroz. Viste la sierra
Hundirse en valle, y sobre el valle llano
Alzarse nuevo cerro, confundidos

Los límites que un tiempo dividian
Las ricas posesiones; y con ellas
Confundidos también y desolados

Pueblos enteros, que la humilde choza,
El débil toldo, la barraca oscura
Buscan en cambio del dorado techo

O del tejado vil, pobres y ricos
Con igual suerte. ¡Qué portento queda
Que te pueda mover? tu desventura

Llora mi triste corazón ahora;
Y plegue á Dios, si la virtud austera
No corrige tus males, que no llóre,

Patria infeliz, tu perdicion un día.

II.

SÁTIRA CONTRA LA ENVIDIA.

No me des, musa, dulces y sonoros
Los versos que solias; dame ahora
El metro duro de cadencias graves.

Males sin cuento, desventuras, lloros,
Amargos dones de la infiel Pandora,
No quieren voz ni música suaves,

De las nocturnas y agoreras aves,
Aspero plectro imite el s6n doliente,
Del rugir del le6n, del temeroso
Aullar del lobo siga el espantoso
Bramido, y de la horripilada serpiente
Agudo silbo forme el contrapunto;
Y cuando todo el desconcierto junto
De tan 6speros scnes no bast6re
A expresar el dolor de un mal externo,
Supla el Averno lo que aqu4 falt6re.
Porque all4 donde est6s ah6rrojada,
P6lida envidia, es donde s6lo pueden
Cantarse cual conviene tus haza6as.
All4 donde, del cielo destronada,
La rabia y el rencor, que nunca ceden,
Despedazan tus miser6s entra6as;
Y acosada de horribles alima6as
Y fieras ponzo6asas y cr6eles,
Quieres huir, y no hallas el camino;
Y aunque conoces que al rigor divino
Tu culpa provoc6, nunca te duelles;
Porque la sed ardiente de venganza
Te abrasa el pecho, y como 6 Dios no alcanza,
Vuelves contra su im6gen en la tierra,
Incitando las furias infernales,
A los mortales para hacer la guerra.
Al s6n, pues, de mi trompa destemplada,
M6sica 6 tal asunto conveniente,
Cantar6 cual por t4 desierto el cielo,
Y poblado el abismo, y engañada
Con enga6o mortal la humana gente,
Males no cesan de llover al suelo.
Cantar6 libremente, y sin recelo
De tus murmuraciones y tus quejas,
Agitado del n6men que me inflama.
Mi voz ardiendo en la sagrada llama
Salga veloz, y abrase tus orejas;
Y corriendo los 6mbitos del mundo,
No pare hasta llegar 6 lo profundo
Del lago oscuro, centro de los males,
Desde donde alevosa nos insultas,
Y 6 do sepultas miser6s mortales.
Oh n6men criador, 6 quien primero
Asalt6 de esta fiera la osad4,
En lo m6s alto del sublime trono,
Una brasa del m6stico brasero
Que se enciende en tu templo cada dia,
Purifique mi voz, temple mi tono.
Aquel 6dio perfecto y santo encono,
De que el poeta-rey se gloriaba,
Color me d6 para la fiel pintura,
Y tan al vivo exprese la figura,
Que el voraz tiempo, que con todo acaba,
Conserve entera la infeliz historia.
Ni de los hombres falte en la memoria,
Para que el temeroso pensamiento,
De unas en otras discurriendo edades,
A sus maldades guarde el escarmiento.
Vision de paz, Jerusalem gloriosa,
Santa Sion, alcazar del Cordero,
Descanso eterno de las almas puras,
Cuéntame t4 la guerra victoriosa
En que, triunfante del fatal lucero,
Preso con invencibles ataduras,
En las tinieblas le arrojaste oscuras,
Donde eclipsado para siempre yace.
En qu6 par6 tan envidioso anhelo?
C6mo caiste, Lucifer, del cielo
El dia mismo que tu gloria nace?
Saber te di6 el Se6or, gracia y nobleza,
Y 6 envidiar te atreviste su grandeza;
Quisistete igualar con Dios eterno,
Y en un momento de infeliz memoria
Desde la gloria diste en el infierno.
Qu4n vi6 rebelion m6s atrevida
Que la de aquella turba desgraciada
Que en el cielo perdi6 la envidia fiera?
Luzbel, cuya soberbia fementida
Quiso turbar la celestial morada,
Y 6 Dios quit6 el trono, si pudiera,
A los suyos habl6 de esta manera:
«Semejante al Alt6simo he nacido,

Sobre aquilon colocar6 mi trono;
No le obedecer6. Tema mi encono
El que no me siguiere, si me ha oido.»
Dijo, siguenle muchos; mas el fuerte
Miguel, vibrando el rayo de la muerte,
«¿Qui6n como Dios?», les dice; y con el mismo
Sonido de esta voz amedrentados,
Caen precipitados al abismo.
Del empinado risco no se arroja
El caudaloso y r6pido torrente,
Troncos y pe6as tras de s4 llevando,
Ni con denuedo y furia tal se enoja
Con los estorbos que se encuentra al frente,
Puentes, muros y torres derribando,
Cual t4, envidia feroz, rompistes, cuando
Despe6ada caiste, los que el cielo
Diques te opuso; y el jard4n sagrado
Que riegan cuatro r4os, y plantado
Hab4a Dios en el humano suelo,
Te atrevistes 6 hollar con furia insana,
Para excitar por la fatal manzana
Otra rebelion, con que quer4as
Que, as4 como la tuya, nuestra suerte
Fuese la muerte por 6ternos dias.
No lo lograste todo; mas ¡ay triste
Del humano linaje! ¡cu6ntos da6os
Le caus6 tu perfidia en un momento!
Incierto y breve t6rmino pusiste
A la vida del hombre, que por a6os
Sano y feliz viviera ciento y ciento,
Y cual ciego infeliz de nacimiento,
Que asegurar no sabe el lento paso
Sin temer cada instante una caida,
Turbada la razon y pervertida
La voluntad, qued6 del triste acaso
Tardo al bien, presto al mal, sin luz, sin gu4,
Entregado 6 su propia fantas4.
Y si el Hijo de Dios no se human6ra,
A su cargo tomando aquel pecado,
Desesperado como t4 qued6ra.
La guerra, pues, con que turbar en vano
Quisiste el cielo, mueves alevosa
Entre el cielo y la tierra, porque al m6enos
Rebelde el hombre 6 Dios, su soberano,
Perdiese, como t4, la venturosa
Eterna suerte que se da 6 los buenos;
Y la santa concordia, que terrenos
Y c6licos esp4ritus unia,
T4 convertistes en discordia fiera,
Disponiendo que el hombre resistiera
Al que al 6ngel del cielo obedecia.
Lu6go f6cil te fu6 con mano dura
Y sa6udo rencor al sin ventura
Cain armar, haci6ndolo el primero
Que entre los hombres 6 la muerte airada
Diese entrada sin plomo y sin acero.
La tierra ent6nces por la vez primera
Ba6ar se vi6 de p6rpura inocente,
Derramada por mano fratricida;
Y resonar oy6 la lastimera
Voz con que exhala el 6nima doliente
El postrer ay en la 6ltima partida.
Las piadosas entra6as conmovida
Abri6, para guardar aquel tesoro
Del santo cuerpo all4 sacrificado,
Y paso dar al 6nimo sagrado
A do esperase con mayor decoro,
Con firme fe y cert6sima esperanza,
El dia de su triunfo y su venganza;
Mientras el asesino rencoroso,
De mil remordimientos acosado,
Vive turbado y muere sin reposo.
Desde aquel punto, endurecido el suelo,
Que espinas ya y abrojos produc4,
Frutos opimos del primer pecado,
Y hecho de bronce el antes blando cielo,
Sordos 6 tanto mal, 6 tu porfia
Abandonan el hombre desgraciado.
Entra contigo el escuadron malvado
De las tropas que siempre te rodean,
El 6dio, la perfidia, la asechanza,
La calumnia, la ira y la venganza,

Y todo lo destruyen y saquean.
El doio triunfa, y la verdad postrada,
La virtud perseguida y ahuyentada,
El m6rito escondido, el alto empleo
Usurpado, vendida la justicia,
Sirven 6 tu milicia de trofeo.
¿Qui6n, sino t4, del venerable anciano,
De alt6simas promesas heredero,
Turb6 los dias con amarga pena,
Cuando del hijo en la tremente mano,
Destrozada por oso carn6cero,
La vestidura vi6, de sangre llena?
A lamentar perp6tuo se condena
Del mancebo la suerte desdichada
Llorando hasta el sepulcro; y m6s har4,
Si supiese la torpe alevos4
De los hermanos, que por la so6ada
Grandeza y la exquisita vestidura,
Vendido como siervo, de la oscura
Cueva lo sacan, para de esta suerte
Darle en esclavitud ignominiosa
Vida m6s dolorosa que la muerte.
Contra David el asta fementida
Dos veces arrojaste, y porque errada
Te sali6 tu intenc4n y mal deseo,
Nueva asechanza 6 la preciosa vida
Dispones con pol6tica malvada
En las armas del duro fl6steo;
Vuelve 6 tu vista con marcial trofeo,
De laurel y de gloria coronado,
De populares coros aplaudido,
Que diez mil enemigos ha vencido
Por mil de que Saul haya triunfado.
Irritado con esto y enojoso,
Darle prometes la querida esposa
Por cien prepucios, para que as4 sea
Victima de su amor, si 6 entrar se atreve
En tan aleve y desigual pelea.
Contra tu infiel y torpe alevos4
Prevalece su her6ico denuedo,
Y doble precio le presenta ufano
Del que su infame trato le ped4.
En suspicaz y vergonzoso miedo
Convertido el rencor, su cobard4
Lo persigue y le teme noche y dia.
El generoso, huyendo, lo perdona
Cuando en Engaddi la ocasion se ofrece
De vengarse; y al fin, como merece,
De la vida privarlo y la corona.
Repetido este ejemplo, y admirado,
Y 6 elogiar su virtud como forzado,
Segunda vez la criminal porfia,
Cada vez m6s rebelde, se repite,
Y con su amor compete tu falsia.
Si del mundo recorro los anales,
Siempre te veo de malicia armada,
Guerra le haciendo 6 la virtud sincera.
Ea su choza el pastor, en sus reales
Alc6zares el pr4ncipe, sentada
Te ve 6 su lado, cuando no lo espera,
Con astucia falaz y lisonjera
Granjeando su trato y compa6a;
A 6ste separas de la fiel consorte,

Aqu6l haces que arroje de su c6rte
Al que leal en ella le serv4.
¿Qui6n numerar pudiera los pesares
Con que afliges al hombre, los lugares
En que tu influjo malignante y v6rio
De mil modos extiende su veneno,
Hasta ver lleno de 6l el santuario?
El santuario, de virtud amable,
De amor, de paz, de dulce mansedumbre,
De tolerancia paternal dechado,
T4, serpiente feroz y detestable,
Enroscada en su seno, pesadumbre
Lo vas 6 hacer del pueblo desgraciado.
¿Qui6n, sino t4, de sangre salpicado,
Con la im6gen de Cristo por bandera
En la siniestra mano, en el combate
Animando 6 que robe y 6 que mate
Al soldado feroz, el asta fiera
Blandir le hace con la diestra mano
Al sacerdote, al monje? Cuyo insano
Furor, contra sus reyes y se6ores
Infel, propaga por la grey que paca,
Y gemir hace ovejas y pastores.
No m6s cantar, que cuando aqu4 he llegado
Falta la voz; y el plectro, fatigado
De herir las cuerdas con cadencia dura,
A la mano resiste y ya desea
Canto que sea de mayor dulzura.

III.

A DOS CRIADOS QUE TENIA

ESTANDO CESANTE.

Una asturiana cerril
Y un gallego sin domar
Componen la servidumbre
Con que vine de Alcal6.
Con ella sigo en Madrid,
Contento 6 no poder m6s;
El barre 6 rega6adientes,
Ella guisa bien 6 mal;
Cuando los llamo no vienen,
No vuelven cuando se van,
El salario anda corriente
Y lo cobran muy cabal.
As4 estuvieran tan pronto
Al servir como al cobrar;
El uno al otro se sirven
Con muy buena voluntad;
Mas 6 los amos no saben
Sin gru6ir y rega6ar.
Ambos 6 dos son muy fieles,
Que no lo puedo negar,
Mas no s6, si no lo fueran,
Qu6 me podrian robar.
Mucho los dejo salir,
Poco les hago rezar,
Y as4 no dudo me sirvan
Con amor y lealtad,
Hasta que hallen otro amo
Que les aumente un real.

DON JOAQUIN LORENZO VILLANUEVA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Naci6 en J6tiva, el dia 10 de Agosto de 1787. Fu6 sacerdote, y se consagr6 en un principio con ardor 6 los estudios eclesi6sticos. Tambien se dedic6 6 la filosof4 y 6 las letras amenas. «En J6tiva (dice en su *Vida literaria*) estudi6 las humanidades 6 estilo grotesco, segun el plan miserable que reg4 en aquella 6poca, y de cuyo naufragio se salvaron pocos.... No tuve una buen